

## CAPÍTULO I

Casa Profesa, Ciudad de México, 1686

Domingo Pérez de Barcia, de espaldas, adosa su sotana al muro en un pasillo. Su cara trata de esconderse de la luz, de esa luz persistente, que, poco antes del mediodía, penetra de lleno en la fuente y jardín. Con el rostro enjuto parece temer avanzar, ir a cualquier dirección. Mueve su cabeza un poco como para ver a su lado. Vuelve a esconder el semblante y esta vez lo cubre con las manos. Deja escapar un sollozo, un sollozo amargo, acompañado de un miedo que lo arroja al piso. Con ambas manos, intenta menguar su llanto, de ahorcarlo. Sus pupilas se exaltan enrojecidas e hinchadas. Sin otro sostén que el adobe del pasillo, se resigna y levanta la cruz atada a su cuello:

—¡Vete, lárgate! —el presbítero, pese al esfuerzo, baja la cruz.

Acechado por una desesperación que crispa la expresión de su rostro, el padre Barcia se levanta. Con la cabeza inclinada, se apresura por el andén. Casi resbala al dar vuelta a la esquina del muro. Penetra por un arco y entra a una galería oscura. La sigue apresurado. Su respiración se hace más fuerte. Su sotana revolotea entre sus endebles piernas. Vuelve la mirada hacia atrás como asegurándose de que no le den alcance. Desesperado, se sumerge al interior del pasillo. Se vuelve tantas veces que no ve a cinco jesuitas. Salieron del corredor hacia donde se dirige. Vienen hacia él con las manos juntas, como rezando. Con un movimiento de cintura evita el tropiezo con uno de ellos.

—¿Qué tanta prisa?, si parece que trae al demonio adentro, padre.

—Discúlpenme, hermanos, no sé lo que me ocurre.

—Pero mírese, está hecho un guiñapo, ¿seguro no le sucede nada?

—No hermano Ignacio, un mal de estómago, es todo.

—Quede con Dios, padre, vale.

Domingo Pérez de Barcia respira más despacio. Besa la cruz. Mira a su alrededor. El pasillo es oscuro y largo. Se da vuelta al muro, como si viera una aparición. Es una pintura de la Asunción de la Virgen. Se acerca y le besa los pies. Empero, a medida que contempla la obra, con una beatitud mezclada de llanto, se paraliza con escalofrío viendo en la pintura la imagen de cuerpos retorcidos con las piernas bajo el agua, el torso martirizado por esqueletos y colmillos de demonios. Se cubre los ojos y corre a ciegas por el largo pasillo.

El sacerdote vacila, con la cara deformada por el sufrimiento. Sus dedos acosan un rosario que involuntariamente va haciendo nudos. Agazapado al confín del muro, mira el piso. Luego promulga un conjuro en la languidez de su rostro. Una de sus manos sigue apoyada en la imagen de la Virgen, sin embargo, una horca de llanto lo sujeta al silencio. Abatido, iza la cara:

—¡Déjame por favor, déjame, no me hagas nada, te lo suplico!

Una serie de voces responden como eco a sus lamentos. Son al parecer de frailes que lo pudieron haber escuchado. Los murmullos ahora no muy lejanos se aproximan a él, llegan del pasillo que viene de las aulas. Con ánimo de escape, sopesa sus sandalias a la duela, casi a ciegas. Penetra al hondo del pasillo y logra subir los escalones. Entra a una capilla, se arrodilla. Por un momento se cree a salvo. Mas cree ver una silueta pasar junto a él.

Con el cuerpo enjuto en el piso, de rodillas, el padre Barcia emite un murmullo tosco, atracado:

—... *et dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris et ne nos inducas in tentationem sed libera nos a malo.*

Una prisa engatusada en los dedos que cuentan el rosario lo arroja a verse solo en la capilla. Sigue las calles de oro, las hojas y flores del retablo, el gran crucifijo, como para evitar ver en torno a él. Empero, ahí por la escultura de San Pablo está seguro de ver la imagen difusa de la silueta. Sufre escalofríos en el vientre. Se estremece. Sus ojos ven otras figuras emerger del Sagrario y entrar a la capilla en procesión. Entonces ve a esa silueta convertirse en esqueleto, un cráneo que lo fija y lo maldice con un grito estruendoso de terror.

El padre Barcia empieza a escuchar una multitud de voces escalofriantes, de gritos que condenan su cuerpo al piso. Los gritos crecen, se cruzan en el altar, en la imagen de la Virgen y, pese a su dolor, se injertan en su cuerpo, en cada uno de sus respiros. Así, siente que mil llamas lo queman en una hoguera suspendida en el aire, es como un tormento interminable del que su cuerpo sólo puede escapar en cenizas. Las voces prosiguen y ahora, como un manantial de agua, escurren por el tabernáculo, por cada uno de los florones retorcidos y engranados en el decoro de San Pablo y San Pedro. Esculturas de madera que contemplan ahora, dóciles, a una mujer que solloza sin cesar, con las manos sobre la cara, hincada frente él.

De los ojos de la mujer se abre un dolor que aqueja todas las facciones de su rostro lívido. Con su boca arrugada por el llanto se abre como un grito que no se oye, como ahogado en su efímera imagen. La aparición se cubre las sienes con los dedos y poco a poco se desgarran las mejillas. Con los brazos extendidos intenta tomar al seglar como si, desesperada, quisiera abrazarse a él. Barcia se deja caer al piso para luego acostarse en posición fetal. Los hermanos Diego, Juan y otros dos jesuitas entran en ese momento a la capilla.

—Domingo, Domingo, ¿qué te sucede?, ¿qué diablo se te ha metido? ¿No deberías estar en la misa con el padre Vidal?

Con apuro, los frailes lo levantan del piso. Colocan sus brazos sobre sus hombros. Los ojos perdidos de Domingo Pérez de Barcia, cuya cabeza ahora se irgue con tensión hacia el altar, ven cómo las cabezas de los ángeles, incrustadas en el decoro del sagrario, se transforman en decapitados demonios atrapados dentro del oro y la madera. Sus gestos burlones lo

siguen desde cualquier ángulo con lenguas de serpientes y el San Miguel Arcángel ha tomado la forma de un monstruo que ríe y blasfema. Destaza con su espada un cuerpo escondido por una concha enorme de oro. Su sangre se vierte en la pintura del niño Jesús. La mujer sigue de rodillas ante él, con la cabeza en el piso. El padre Barcia se deshace de los brazos que lo sostienen.

—¡Déjenme ir, déjenme ir! ¿No los ven, no ven a estos demonios?, aquí están; nos vienen a buscar para llevarnos al infierno, por todo lo que hemos hecho.

Barcia escapa por un pasillo. Los otros jesuitas se persiguen, con expresión de miedo, asustados por su locura.

Con la espalda sobre la cantera, Domingo Pérez de Barcia se ve acorralado. Frente a él, acucillado, ve el esqueleto de una mujer, esclarecido por la luz de las ventanas que penetran por todo el pasillo. La luz ilumina la capilla del Cristo de la Pasión donde está sentado.

—Ya sólo me queda este pedazo de luz, este peñasco al interior del convento para esconder mi infamia, pero de ti, nunca podré esconder estos huesos que me trajinan y me arroban como un huracán en cada ladrillo de esta cárcel del templo y del convento. Sí, te lo diré todo, pues solo muertos tus oídos oyen. Sé que no me darás tu perdón, ni el de Dios espero, solo te ruego que ores por mí, que le expliques al Cristo mío, que le cuentes todo a la Virgen Santísima, mientras me consumo en los tormentos de Lucifer.

## CAPÍTULO II

Templo de Jesús Nazareno, Ciudad de México, 1680

Sentada en su cojín, justo frente al altar, la condesa Cristina Aceves de Ávila remojaba un bizcocho en su chocolate. La luz de la cúpula la cubría por entero, provocando una fogosa intensidad de color en su saya carmesí de seda, esa con escote cuadrado cubierto de encajes. Su hija, Verónica, recibía los reflejos alentadores del día en su blanco rostro y en el jubón crema, con bordados de plata y motivos de hojas de oro en el talle. Dirigió a sus rojizos labios, bellos susurros de una cara ovalada de joven vivaz, una pasta hojaldrada que saboreó con toda delicadeza, en lo que observaba al padre Juan de la Pedroza, en el púlpito. Con el codo, su amiga Inés, embelesada con encajes de batista sobre el escote del ajustado jubón verde, y Adelia, la sirvienta nahua, le señalaron que observara al padre don Pedro de Arellano y Sosa. El prelado mantenía los ojos hacia lo cóncavo de la cúpula, con un crucifijo en mano. Erguía su robusto cuerpo junto al fresco de San Hipólito.

—Ya mero se va a elevar del piso, por lo menos media vara; va a ver usarcé —le aseguró la criada a Verónica.

—Siempre se alza por los aires en lo más emocionante del sermón —agregó Inés.

—Algunos lo han visto suspenderse en el aire hasta a dos varas del altar —susurró otra dama, doña Leonor de Aguirre, desde su cojín, quien soportaba la austeridad del recinto con entallado jubón negro, y la sobriedad de un rostro paramentado de arrugas y enjuto por los años. Junto a ellas, otra dama, la esposa de un acaudalado hacendado, con tres collares de perlas, basquiña con motivos de rosas en oro, y jubón aterciopelado

blanco, susurró algo a su esposo, entre risas, mientras metía la mano en una bandeja de porcelana china, en el piso.

Doña Cristina tomó otro bizcocho y lo comió sin verlo, con un entusiasmo que no despegaba los ojos de Sosa:

—¡Ya Dios ha tomado posesión de él! ¡Mírenlo! —exclamó.

Desde el púlpito se bifurcaba la voz solemne y clara del padre Pedroza:

—La luz Divina del Señor es miel que endulza nuestros corazones y nuestro entendimiento, que no es otro que la fiel presencia de su bondad en la debilidad de nuestra condición. Su Amor es infinito y así el candor de la Gracia con la que rocía a cada uno de nosotros. Empero, esa llovizna de bellezas sin igual es justa y solo cubre la sosegada alma, el espíritu de quien humilde se pliega ante su Verbo Divino.

—Yo creo que el padre Sosa ya está suspendido en el aire, Inés: mira, se ve como por encima del piso del altar.

—No mamá, pero ya tiene todo el cuerpo arrobado. Observa el fulgor y arrojío celestial en su rostro —comentó la hija, con un sorbo a su chocolate con canela.

Pedroza alzó el tono voz y enfatizó:

—Sí, tened cuidado y escuchad bien: Dios omnipotente, que desde su cetro observa cada uno de nuestros actos, obra con su Gracia, haciendo caer una lluvia de flores en el verdadero fiel, mas arrebatada con hielo a quien, conociendo la Palabra Divina, no bebe de sus aguas de amor; el Omnipotente lanza dura tormenta a los que persisten en agraviar a su rebaño. Pues ya lo dijo el profeta Nehemías: los amonestaste para que se volviesen a tu ley pero ellos en su soberbia no escucharon tus mandamientos y pecaron contra tus juicios. Por ello os exhorto, a vosotros pecadores, a no mantener falsa devoción. Dios Misericordioso alcanzará con su mano vuestras aflicciones pero dejará vuestros cuerpos al azote de las bestias, a las enfermedades, a vuestros enemigos, si por un lado rezáis y por el otro lo insultáis con vuestras faltas.

—Ya vuela a la cúpula, Sosa —se dijo con alboroto.

—El padre Sosa se va al cielo —gritó un criado negro, desde la entrada del templo.

Los criollos y españoles se alzaron del piso o estiraron el cuello. Y unos y otros con sus cabezas se impedían la vista.

Los esclavos y criados, anónimos cuerpos que debían asistir a sus amos, única razón de su permanencia en el templo por ser parroquia de blancos, se juntaron con sus devotos dueños y se codearon los unos y los otros. Cada uno debía asomar la cara para ver el portento: el momento en que los pies de Sosa se elevarían del piso por obra del Espíritu Santo.

—No, no se va al cielo: Cristo no lo ha alzado todavía —soltó un criollo.

—Está sólo hecho arrobos y misticismos —vociferó otro, sin recato.

Poco a poco los fieles confirmaron el falso llamamiento y volvieron a sus lugares. En el púlpito, Pedroza comenzó a sentir ansiedad y a mirar con regaño al seglar de San Felipe, don Pedro de Arellano y Sosa quien, con los ojos en lo blanco del tambor de la cúpula, relajaba su cuerpo, con los brazos abiertos en cruz, a la luz que lo cegaba. Así, con la alteración que le provocó la distracción de los devotos, mas con el ánimo apostólico de la conversión, Pedroza comenzó a alzar el tono de voz:

—Por ello os digo; sed fieles a Dios y a sus Mandamientos, sed verdaderos cristianos en vuestras casas y con vuestros semejantes —y tras exhortaciones, Pedroza advirtió—: Si venís a esta humilde iglesia de Jesús Nazareno por el mismo motivo que invitó al insigne don Hernán Cortés a fundar esta casa de Dios y el hospital de la Purísima Concepción, que alberga a tantos indios abandonados a su suerte, tantos vecinos pobres, si venís para ofrendar limosnas o para ver un portento y manifestaciones del creador —Pedraza volteó a ver a Sosa—, haceldo con entera devoción, como contrición de vuestros malos actos... Y vosotros que seguís los pasos de esa serpiente de los últimos días que veis en el altar —Pedroza señaló con el dedo la escultura, pequeña, de la Virgen del Apocalipsis, justo en medio del retablo mayor—, vosotros que os empeñáis en oír y oler sus lisonjas y en tocar sus carnes de podredumbre, arrepentiros. Recordad que por su ligera condición, aquellos que se han empeñado en desobedecer las leyes divinas se han precipitado con el ángel caído al alcázar de los peores tormentos. Demonios con dientes de león devoran sus carnes y con

sus garras desuellan sus pieles. No hay llanto que alcance los oídos del Todo Poderoso. Sus piernas y cabezas son comidas repetidas veces y la sangre sirve de vino a esos seres del averno —con una mirada perspicaz y gozosa del silencio que reinó por un momento, ante sus palabras, Pedroza exhortó—: si sois falsos cristianos, si no profesáis vuestra cristiandad con entera devoción, abrid bien los ojos.

El rostro de Sosa comenzó a flexionar una sonrisa infantil. Sus brazos se levantaron hacia el cielo y el cuerpo comenzó a girar en sí. Sus ojos se perdieron en una imagen ajena a la iglesia, como poseídos por la luz llegada desde el tambor de la cúpula. Y así con lágrimas en las mejillas, los ojos enrojecidos, Sosa parecía perder el equilibrio de su cuerpo. Se sostuvo en pie al posar sus manos con fuerza sobre el altar. Se oyeron exclamaciones de asombro y comentarios como:

—Lo mismo hizo en el Oratorio y la mano de Dios lo cargó volando a la pila del agua bendita y después de regreso al altar mayor, que es todo un portento este padre.

—Y el otro día, con el ardor de la música, se alzó dos varas o una, en la iglesia de la Vera Cruz.

Las miradas no se desprendían del cuerpo en éxtasis de Sosa. Pedroza, quien había mantenido silencio ante el arrobó, siguió con una impaciencia complaciente a la multitud en el templo. Criadas, esclavos y blancos se tocaron unos a otros, entre codos y roces de hombro para ver mejor el piso del altar. Sosa permaneció en completo silencio, pero agitado, ante la mirada expectante de los feligreses.

—Lo va a levantar la mano de Dios, o un ángel hasta las alturas.

Sosa comenzó a hacer sonidos como de jaeo por el goce, las facciones de su rostro se arrugaban por la alegría en sus labios y ojos. La condesa Aceves de Ávila posó sus manos en el rostro; enmudecida, su hija Verónica, hizo lo mismo. Las marquesas doña Fernanda y doña María José siguieron husmeando, con mordidas a sus marquesotes, en espera de la levitación del cura.

—Abrid bien los ojos, os reitero. Vosotros que hacéis acto de falsa cristiandad —amonestó Pedroza. Los ojos se volvieron



a él como sacados del trance—, obedeced a Dios Omnipotente. Salid de ese camino impío. Os observan los serafines y querubines, ejército de la amada Virgen, que concibió al Hijo de Dios sin el pecado. ¡Abrid bien los ojos a la justicia divina!, que os cegará como un trigo joven en la tempestad que no supisteis prever. Sí, os perdéis en los placeres sensuales que aumentan vuestros vicios y pecados que son ponzoña de los sanos espíritus, pues perforan vuestras conciencias, quitándoos la razón. Sí, el demonio está entre nosotros, se pasea por las acequias y jardines, por nuestras vecindades. Satanás, con todos sus diablos, nos requiere y acosa... ¿No veis a la mujer sentada sobre una bestia bermeja con siete cabezas? Está vestida de púrpura y grana y adornada de oro y piedras preciosas —con la declaración, Pedroza miró fijo los collares de las mujeres sentadas cerca de él. Otras criollas y españolas se taparon con pudor el cuello, de donde colgaban sus collares de diamantes y perlas—. Esta mujer, hija de Satanás, está llena de las impurezas de su fornicación. Esta ramera lleva escrito en la frente Babilonia la Grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra.

La condesa Aceves bajó la vista, su hija Verónica miró a Sosa. Pedroza observó a todos los que a sus ojos tuvieran cara de hijos de Babilonia.

—Os exhorto, amados hermanos, obrad bien. No os dejéis seducir. La serpiente del mal se pasea en cada casa y en el último rincón de esta real ciudad de México. Vagabunda del orbe, os saneará con bellezas al daros sus pechos, mas, a la llegada de las águilas, dulces serafines de la Virginal Pureza, se enroscará en vuestros cuerpos y os enterrará en las profundidades de la tierra. Allí se clavarán sus fétidas cabezas de serpiente en vuestras bocas y os sacarán los ojos, tragándose todas las entrañas y se reirán de vuestras vanidades y de los fornicadores. Que el Señor nos proteja. No os dejéis seducir. Por la pluma de San Juan sabemos: porque del vino de la cólera de su fornicación bebieron todas las naciones y con ella fornicaron los reyes de la tierra, y los comerciantes de toda la tierra con el poder de su lujo se enriquecieron.

La cita la pronunció con voz enérgica y convincente, el puño ceñido y los ojos puestos en cada fiel, y sobre todo en cada mujer a su alcance. Un silencio sepulcral fue eco a las palabras de Pedroza. Algunas mujeres desviaron la mirada del sacerdote u otros seglares ahí congregados, otras mostraron gran susto en sus ojos y varias aguantaron un bostezo, sofocado en un abanico o un marquesote.

—Recordad que en este mismo lugar, donde se edificó esta iglesia, en 1524, don Hernán Cortés se encontró con el emperador de los gentiles, Moctezuma, y con ello inició la palabra de Dios en estas tierras. Estos indios estaban dominados por el demonio, por esa serpiente a la que adoraban, vistiéndola de plumas. Don Hernán Cortés nos abrió las puertas aquí, construyendo esta iglesia donde ahora oramos, para facilitar la llegada del reino de los cielos a la Nueva España. Y por ello los restos del insigne y valeroso capitán y los del emperador azteca yacen en este templo, para memoria de todas las generaciones futuras. Que este acto memorable penetre en nuestros corazones y nos haga con el conquistador combatir a este dragón del mal, la lujuria, ahora entre cristianos viejos.

Rostros devotos, expresiones de asombro colmaban lo agradable de la luz, venida desde la cúpula y las linternillas. Sosa no se movía, y ahora las miradas se sumían en una introspección que animó a Pedroza:

—Ved bien con los ojos a esta incitadora del Edén. Se contornea ante nuestras narices y le abris los brazos o no la reconocéis. Os dejáis disuadir con su bello rostro, con sus lisonjeras palabras, os dejáis disuadir de sus infernales impulsos. Mas yo os exhorto hijos: no os dejéis tentar por esa lengua de dragón. El último día está por llegar y encontrará a todos aquellos que beben del cáliz de la lujuria, del plato de la fornicación. Sí, hermanos, esa serpiente, sentada en la laguna de esta ciudad, se ha convertido en mujer.

Sí, vosotras que servís a los engaños de la flaca naturaleza y a la debilidad de vuestro sexo, recordad las palabras de San Pablo a los romanos: Dios enviando a su propio hijo en carne semejante a la del pecado y por el pecado, condenó al pecado en la carne para que la justicia de la Ley se cumpliera

en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu. Si os vestís con lujos e incitáis con vuestra belleza al pecado y lo consumís, obedecéis al apetito de la carne, que es muerte y no al espíritu que es vida y paz. Pues siguiendo las mismas palabras de San Pablo: por lo cual el apetito de la carne es enemistad con Dios y no se sujeta ni puede sujetarse a la ley de Dios.

En eso Sosa comenzó a balancearse junto al altar. Se inclinó de un lado a otro, como poseído por algo. Se sostuvo con fuerza del mármol. Las manos se agazaparon casi con las uñas. Tiró un poco del lienzo que había de recibir el Vaso y el Sanguis, lo cual fue visto por Pedroza y el diácono con suma inquietud. Este último se levantó de la banca, de prisa. Se acercó a Sosa para asistirlo y apartarlo del sitio sagrado, mas este, sujetándose con más fuerza del mármol, con las venas del cuello exaltadas, los ojos en éxtasis, se debatía contra sí mismo, contra una fuerza invisible, sin dar señas de desear moverse.

—¡Está debatiéndose para no alzarse por los aires, para mantener los pies sobre el piso! —se susurró de boca en boca, con no apremiado ánimo y morbosidad.

—Sí, no ha de querer armar un escándalo, por eso lucha para que Jesús no lo suspenda en el aire.